



LUSEVILLE

María Díaz Sánchez

LUSEVILLE



Primera edición: octubre 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© María Díaz Sánchez

ISBN: 978-84-19439-50-5

ISBN digital: 978-84-19439-51-2

Depósito legal: M-24197-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Quiero dedicarle este libro a mi familia, por su apoyo
incondicional y por creer siempre en mí.*

Índice

El inicio.....	11
En duda	19
El mensaje	35
El laberinto.....	51
El accidente que lo cambió todo	73
¿Día nuevo, vida nueva?	85
Entre papel y arena	97
La noche es peligrosa	111
Claro y oscuro.....	121
Feliz Navidad	127
Sola	139
No más secretos	145
La maldición.....	157
Mucho que asimilar.....	163
Epílogo	167

El inicio

Di media vuelta en el colchón y noté el suelo como un golpe de puro hielo en mi cara. ¿Qué ha pasado?, pensé. Y entonces, recordé todo como un lejano sueño que nada tenía que ver conmigo, como si aún siguiera en mi antigua habitación, pero no. Ayer mi madre y yo nos habíamos mudado a casa de su amiga Maggie, al menos hasta que arreglara los papeles del divorcio con papá. Pasaría mucho tiempo hasta que volviera a encontrarme entre el calor de mis propias sábanas, si es que volvía.

Yo soy Emily y estaba dormida en un colchón en el cuarto de la hija de Maggie, mi amiga de la infancia, Haruka.

Miré el reloj, apenas eran las seis de la mañana. Haruka me miró con una sonrisa algo lastimosa, pero estaba segura de que no me sacaría el tema que a mí me rondaba en esos momentos. Efectivamente, tan solo me preguntó si quería desayunar. Claro, le respondí yo con voz ronca. Fuimos a la cocina y preparamos tortitas, ya que nuestras madres aún dormían, como era normal. A pesar de todo lo que mis padres estaban pasando, más bien lo que mi madre estaba pasando, yo estaba feliz de estar con Haruka, aunque sonara egoísta. Ella era mi mejor amiga de la infancia, pero cuando apenas teníamos tres o cuatro años sufrió un accidente y nos distanciamos. No recuerdo qué sucedió, todo en mi memoria respecto a ese año está borroso, yo era muy pequeña, pero mamá ya me lo explicó todo antes de volver ante mis insistentes preguntas. Después de eso nos mudamos de nuestro querido Luseville y no volví a saber de ella hasta ahora, y eso que ya estamos en el úl-

timo curso de instituto. Tenía miedo de que no congeniáramos, de que el tiempo hubiera pasado factura y nuestra amistad quedara en una cosa de niñas, pero no ha sido así. Al verla sentí que me reuní con una hermana perdida, y sé que ella sintió lo mismo. Me quedé mirándola detenidamente mientras ella echaba sirope a las tortitas intentando hacer una E en las mías, Haruka era bajita y tenía la tez muy blanca, sus ojos eran color canela y su pelo negro y ondulado le llegaba hasta la cintura. Yo era algo más alta que ella, y mis ojos verdes eran bastante grandes; mi pelo era marrón cobrizo, muy liso y llegaba a la altura de mis hombros.

Haruka cortó mis pensamientos tirándome un pedazo de tortita a la cara, quería empezar una guerra, lo sabía, pero no le di el gusto. Y con una expresión medio burlona me dijo que hoy tenía que enseñarme mi nuevo instituto, que levantara el ánimo o me comerían viva.

Es cierto, había olvidado que hoy era mi primer día de clase, le suspiré en señal de resignación, lo que despertó una risa más sonora por su parte. Maggy y mamá nos estaban mirando desde el pasillo.

—Em —dijo esta última—, tenemos que hablar.

—Claro, mamá —le respondí.

Ella me llevó hasta el cuarto, y con la expresión más dulce que pudo encontrar me dijo:

—Preciosa, sé que esto no es fácil para ninguna de las dos y no estoy segura si esto va a ser lo más adecuado para ti, pero creía que este era el mejor sitio para nosotras...

—Claro que lo es, mamá.

—Pero, Em, hay algo que no te he contado acerca de este instituto que ocurrió cuando yo era joven y...

Entonces entró Haruka, me recordó que debía vestirme con el uniforme ya, si queríamos llegar a tiempo.

Me dirigí a su habitación, sin darle importancia a la conversación anterior, mamá estaba preocupada, es lo normal en estas situaciones. Ojalá pudiera hacer algo más por ella. Nos pusimos

el uniforme juntas, y mientras preparaba las mochilas Haruka recogió su cabello en dos coletas. Listo me dijo sonriendo cuando terminó, asentí y salimos de la mano hacia un nuevo día, mi inicio. He de decir que el uniforme azul marino le sentaba muy bien, y las coletas le proporcionaban algo de aspecto infantil que realmente sintonizaba con ella, su presencia me aportaba verdadera paz en un día que debería tenerme con los nervios a flor de piel.

Fuimos caminando hacia el instituto, y por el camino nos encontramos a un tal Carlos, con el que Haruka quedaba todas las mañanas para ir a clase. Él era alto y de cabello tan oscuro como el de mi amiga, iba algo despeinado y tenía los ojos rasgados y azules. Solo se presentó, ni siquiera preguntó mi nombre, lo que me resultó grosero por su parte. El resto del camino se hizo en silencio hasta que llegamos a un edificio de ladrillo rojizo rodeado de abundante vegetación, cuyas puertas de metal y cristal abiertas nos invitaba a pasar con lugubridad. Observé los distintos pasillos a los que daba el *hall* principal, se notaba que el instituto era algo antiguo ya que más que pasillos parecían laberintos, las tablas del suelo crujían a nuestro paso y el secretario parecía sacado de la familia Adams. Perfecto para una película de terror, pensé. Las primeras personas que vi al entrar fueron un grupo de chicos y chicas sentados en las escaleras, parecían despreocupados y sus risas cambiaban el entorno a un lugar más apacible, pero en el pasillo al que Haruka se dirigía, supuse que el nuestro, había dos filas con mis futuros compañeros en las cuales ni siquiera hablaban entre ellos. Carlos se situó en la segunda fila y Haruka detrás de él, iba a preguntarle cuál era mi sitio cuando una chica muy alta y delgada, con una larga trenza rubia y unos espeluznantes y fríos ojos color miel se dirigió hacia mí.

—Soy Litzy, la delegada de la clase, y mi función es hacer que todo esté en orden. Al entrar, tu sitio estará en la segunda fila y tu pupitre será el tercero. Ah, y se me olvidaba: queda totalmente prohibido ir a la biblioteca en hora de descanso, solo se entra cuando

un profesor lo pide o en las actividades extraescolares. Y nunca, es decir nunca, pases más allá del pabellón.

—Intentaré recordar todo —dije mientras me colocaba.

Y se marchó a su lugar, no sin dirigirme una dura mirada antes, y una advertencia:

—Es por tu bien.

Tocó el timbre y entramos en clase, en primer lugar la primera fila, sentándose en sus respectivos pupitres y después la segunda. Cuando todos estuvimos en nuestro sitio, se rompió ese silencio tan escalofriante y comenzó el parloteo típico del instituto. Delante de mí, había sentado un chico pelirrojo lleno de pecas que me miraba con curiosidad, le devolví la mirada junto a una sonrisa, y volvió la cabeza tan rápido como si hubiese visto un fantasma. Miré a mi alrededor, la clase estaba un poco descuidada, tenía en la pared cercana a la puerta un pizarrón desgastado y los pupitres de madera estaban en las mismas condiciones; la pared de la izquierda estaba llena de ventanas desde la que se veía el patio del recreo. Haruka me sonreía desde su pupitre en segunda fila también, solo estábamos separadas por Carlos, el cual parecía dormido encima del pupitre, de verdad que persona más irritante. Haruka estaba charlando con Litzzy y otra chica de pelo castaño, largo y rizado, cuyos ojos color caoba desprendían un aura misteriosa, me sostuvo la mirada y sentí que podía leerme el pensamiento o sacar de mí lo que ella quisiera. Haruka me hizo un gesto para que me acercara y noté que la mayoría de la clase cuchicheaban sobre mí; cuando me acerqué a mi amiga, la chica del pelo rizado me saludó y se presentó como Attmei, pero me dijo que podía llamarla Atty. Litzzy aún me miraba recelosa, pero al ver que le había caído bien a Atty, se acercó algo más a mí y me dijo que tuviese cuidado con el pelirrojo, cuyo nombre era Fred puesto que era un rarito al que nadie se acercaba, y que siguiese las instrucciones que me había dado antes de entrar si no quería ser una rarita también.

Tenía mil preguntas en mente y quería reprocharles que excluyeran a ese tal Fred, pero en ese instante entró el profesor y todos

nos sentamos en nuestros sitios para dar comienzo a la clase. A mí, que estaba acostumbrada al colegio privado de la ciudad y su ritmo ajetreado y exigente, me pareció una clase de matemáticas bastante factible, pero para el resto, no parecía serlo.

La siguiente clase fue de literatura, pero no hicimos nada, solo la típica presentación del primer día. Lo siguiente fue el recreo, así que salí con Haruka y Atty, Litzy se ausentó ya que tenía una reunión de delegados. Nos sentamos en un banco, cerca de la fuente, y nos disponíamos a comer algo cuando una chica que había visto junto a mí en la fila vino corriendo despavorida hacia nosotras, tenía la cara blanca y las manos y la ropa llenas de sangre; todos la miraban con cara de horror, incluida yo, noté que me temblaban las piernas y pensé que me iba a desmayar. Al acercarse al banco se desplomó de rodillas, nos miró fijamente e intentando levantar la mano dijo:

—Es tu culpa, tu culpa... Yo te vi, yo te vi... ¿Por qué has venido?... Ahora has desatado la maldición.

Cayó muerta a mis pies. Quedé en *shock*. ¿Qué maldición? ¿Era mi culpa su muerte? ¿Y dónde me había visto? ¿Por qué en mi primer día? Todos me miraban y algunos corrieron espantados lejos de mí, como si yo la hubiese matado. Haruka no había dejado de mirar a la chica, y el miedo se reflejaba en su cara. Me agarró del brazo con fuerza y me arrastró hasta el baño, donde me dijo que ella confiaba en mí, que yo no había activado la maldición y empezó a dar vueltas y vueltas mientras se agarraba la cabeza. Le pedí explicaciones y dudó unos instantes, pero me contó lo siguiente:

—Cuando nuestras madres estaban en último curso, al igual que nosotras, tenían una compañera, que desató todo esto... Tenía una rara enfermedad, la cual no le permitía estar mucho tiempo a la luz del sol, se pasaba los días sola en la biblioteca, y en ocasiones paseando por el jardín trasero, tanto como su piel le permitía. En uno de sus paseos, unos alumnos le cerraron la puerta que daba al pasillo, para gastarle una broma, pero ella no se dio cuenta hasta

que llegó el tiempo de volver dentro. Los niños se habían cansado de esperar y se fueron sin acordarse. El tiempo pasó, y esa tarde el patio se incendió con ella, nadie sabe cómo ni por qué, ni si ella estaba viva o muerta, pero al día siguiente, escrito en la puerta, con trozos de su propia piel y sangre apareció: «Me vengaré».

»Quedó prohibida la entrada al jardín, y también las zonas cercanas como la biblioteca e incluso el pabellón. Unas semanas después todo parecía normal, todos se graduaron y trataron de olvidar lo ocurrido, pero en la foto de graduación que poseían, los niños que habían encerrado a la chica aparecían con una mancha negra, como si la foto se hubiese quemado. Tiempo después se fueron del pueblo por trabajo. Uno murió en un accidente de metro, otro de un infarto y el último..., el último, tras tener a su primer hijo, murió con su esposa en un incendio en el hospital.

—Ha-Haruka, ¿qué fue de ese niño?

—Cariño, ese niño se mudó con sus abuelos paternos, y vive aquí, es de nuestra edad, es... Carlos.

No podía creerlo, ese pobre chico había sufrido tanto nada más nacer, aunque no me hubiese causado muy buena impresión, sentí lástima por él.

—Haruka, entonces ¿cuál es exactamente la maldición? ¿Por qué ha muerto esta chica? ¿Cómo es posible que un fantasma mate?

—Pues, después de eso, siguieron muriendo todas las personas que se iban marchando del pueblo, excepto tu madre que ha sido la única capaz de volver entera a este lugar. Dados todos estos sucesos y anteriores muertes misteriosas en alumnos de último curso, creo que la maldición consiste en que todos los alumnos de esa clase y su descendencia están malditos por ella, y traerán el terror y destrucción a su alrededor. Por eso, la chica que acaba de morir se dirigió hacia ti, porque tu madre es la única que ha sido capaz de volver. Claro, que esto solo son mis suposiciones, el asunto no está muy claro.

La voz del director a través del megáfono anunció que, tras el terrible suceso ocurrido, los alumnos tendrían que irse a casa hasta el día siguiente.

Haruka y yo hicimos el camino de vuelta en silencio, pero yo aún tenía muchas preguntas acerca de esa historia y no quería preguntarle a mamá, era un mal momento, tampoco a Haruka, se veía afectada y parecía no querer hablar más del tema. Pero yo necesitaba saber más de esa chica, por qué mamá había sobrevivido, si era cierto que ella y Haruka estaban malditas, y sobre todo que tenía que hacer para salvarlas. Sentía un nudo en mi estómago no podía parar de recordar toda esa sangre...

Solo tenía un nombre en mente, alguien que quizá podría responder mis preguntas y ayudarme a liberar esa maldición, Fred. Quizá fue una corazonada, o quizá el hecho de que lo excluyeran y lo calificaran de rarito casaba con toda esta loca maldición, pero a cada paso que daba presentía el terrible destino que me aguardaba.

En duda

Llegamos a casa, y estaba la mesa puesta con una nota:

Estaréis solas hasta mañana por la mañana, hemos ido a la ciudad por asuntos de papeles. No os preocupéis. Os queremos.

Haruka pareció alegrarse, por lo visto había quedado con Carlos esa tarde, me confesó que se sentía atraída por él desde hace mucho tiempo y por fin le había propuesto salir. Sinceramente, me sorprendió, me parecía que eran muy diferentes, pero como se suele decir, el amor es ciego.

Salió a las cinco y yo me quedé sola con todos mis tormentos mentales, a los que prefería dejar en el olvido. Finalmente, decidí leer un rato, pero al entrar en la habitación, un fuerte dolor de cabeza se apoderó de mí, era como si la vida cansada de verme cada vez más deplorable me hubiese golpeado con un martillo todo lo fuerte que pudo. Caí al suelo inconsciente, o eso creo, porque lo único que recuerdo fue un sueño en el que estaba rodeada de tierra, intentando salir a la luz mientras luchaba por no respirar.

Cuando desperté serían las ocho de la tarde, me sentía mareada y algo confusa, terminé suponiendo que era normal después del trauma de esta mañana, esas cosas pasan factura. Me dispuse a sacar la ropa de mi maleta y colocarla en una cómoda que me habían asignado, me fijé detenidamente en el cuarto de Haruka, parecía espacioso, supongo que por la abundante luz que entra-

ba, pero no era demasiado grande. Las paredes de un tono rosa pálido resaltaba el cabecero blanco de la cama, parecía viejo, pero le daba un toque vintage. A la derecha se encontraba un armario empotrado, imposible de abrir a causa de mi colchón; justo al lado estaba la cómoda que debía utilizar, en un tono verde pastel, que desentonaba un poco. Y en la otra esquina, Haruka tenía un bonito tocador, que supuse que había pertenecido a su madre, o algo por el estilo. También tenía algunos libros desperdigados; en su mesilla de noche se encontraba *Canciones para Paula*, claramente lo había leído, pero odiaba esos libros tan pastelosos.

Eché un vistazo a mi móvil, que no miraba desde que salí de la ciudad, me sorprendió que tuviese batería y que aun así no tuviera ningún mensaje. Ninguna de mis compañeras de clase se había molestado en preguntarme qué tal la mudanza y sentí el vacío que siempre había tenido en mi vida, aquel con el que me debatía en duelo. Guardé el teléfono, era tiempo de cambiar, no de quedarme atrapada en el pasado, y me dispuse a coger el pijama y ropa interior limpia para bañarme, me sentía exhausta. En mi vida estaban pasando muchas cosas que no podía asimilar en un solo día, necesitaba paz y tranquilidad, además desde que puse un pie en esta casa mis esperanzas se renovaron por completo, y esta vez me dejaré guiar por mi instinto.

Bajé al baño y llené la bañera, entré y cerré los ojos intentando relajarme. Escuché a Haruka abrir la puerta principal, venía contenta, tarareando. Entró en el baño interrumpiendo mi intento de relajación, se sentó en la taza del WC y me miró sonrojada.

—Perdona, Emily, no quería interrumpir. Por cierto, eres guapísima, no sé si te lo dicen a menudo.

Me puse roja como un tomate y cambié rápidamente de tema, preguntándole por su cita con Carlos.

—Pues, la verdad, bastante bien, no esperaba ni siquiera que me hablase, es un chico muy callado, pero, al contrario, se mostró considerado y hasta me invitó a un helado.

—¿Y...?

—Y nada más, Em, charlamos un poco, paseamos y nos comimos el helado.

—Entiendo, como venías tan contenta...

—Lo estoy, esta cita ha sido un gran progreso, ninguna chica si quiera ha llegado a esto. Mañana seré la comidilla entre sus admiradoras, ¡j, j!. Y sal ya del agua que te vas a resfriar.

—No sabía que el chico maleducado tenía un club de fans.

—¿Maleducado? Para nada, simplemente misterioso y guapo y... Bueno, ya me entiendes.

Salí del baño, me sequé lentamente y me vestí. Me alegraba que Haruka pudiera ser feliz, que viera siempre la luz en la oscuridad, me hacía muy dichosa, aunque fuera por él.

Me dirigí a la cocina para ver qué podía cenar, pero Haruka ya había preparado unos huevos revueltos.

—No es gran cosa, pero al menos podemos comer. Qué desconsideradas nuestras madres que ni las llamadas me contestan.

Oh. Era cierto, me sentí fatal por no haber pensado más en mamá. Ella era la que peor lo estaba pasando, y yo absorta por nimiedades.

Cenamos tranquilamente y mientras fregábamos los platos Haruka me comentó que mañana teníamos clases, que todo debía volver a la normalidad, y yo asentí algo extrañada, había supuesto que habría un día de luto o algo así, pero no.

Terminamos de recoger y nos dirigimos a la cama. Intenté dormir, pero no era posible, la imagen de esa pobre chica a punto de morir, la preocupación que sentía por mi madre en estos momentos e incluso la que sentía por mí misma era asfixiante.

—Haruka, ¿puedo dormir contigo esta noche?

—Claro. Yo tampoco puedo dormir.

Y así, abrazadas como dos niñas pequeñas cuando tienes miedo de las tormentas o a la oscuridad, fue como pude dormir profundamente.

Llegó la mañana siguiente, y desperté una hora antes de lo normal, pero no podía conciliar el sueño de nuevo. Como Haruka seguía durmiendo decidí levantarme y me dirigí a la cocina para intentar hacer el desayuno. No tenían tostadora, así que hice unas cuantas tostadas en la sartén mejor de lo que yo pensaba, y zumo de naranja para las dos. Haruka bajó a desayunar contenta y me dio los buenos días con la noticia de que nuestras madres llegarían a media mañana. Desayunamos tranquilamente y nos arreglamos para ir al instituto, Haruka volvió a hacerse dos coletas y yo dejé mi pelo suelto, quería que estuviese más largo, a finales de curso sería como el de Haruka.

Cogimos algo de dinero para comprar la merienda y salimos de casa. Por el camino, nos encontramos de nuevo a Carlos, que nos dio los buenos días cordialmente, pero sin sonreír como de costumbre. Aunque he de admitir que el odio que despertó en mí ayer había disminuido considerablemente tras escuchar su historia y saber que trataba bien a mi amiga.

Llegamos al instituto, y nos colocamos en nuestras respectivas filas. Litzzy se dirigió hacia mí, pero esta vez un poco más amable.

—En la primera mitad del recreo tenemos una reunión en clase, creo que deberías participar tú también.

Asentí y se fue satisfecha. Cuando tocó el timbre, me dirigí a mi pupitre para dejar las cosas y el chico pelirrojo, Fred me dedicó una sonrisa pícaro. Era alto y algo musculoso, estaba lleno de pecas y su piel casi transparente parecía brillar con el sol.

Sin motivo alguno me sonrojé y fui hacia la mesa de Atty.

—Hola, querida, veo que tú y Fred hacéis buenas migas... Tienes un gusto extraño. ¡Me encantas! Te lo juegas todo por amor.

—Oye, Atty, para el carro, que solo me ha sonreído. No le conozco de nada y bueno no tengo ninguna intención con él.

—Ja, ja, ja. Tranquila, Em, puedo llamarte así, ¿no? Era una broma, aunque me gusta la idea.

—Bueno...

—¿Sabes de qué trata la reunión, querida? De ti, por supuesto; todo el mundo habla de lo que pasó ayer, me tienes excitada.

Notaba cómo sus profundos ojos me analizaban al detalle, con una sonrisa igual a la de un gato antes de saborear su pescado.

—Bueno, ya lo verás. Y siéntate, mi querida Em, el profesor está a punto de entrar.

Y así fue, el profesor entró por la puerta e intenté atender a mi clase de lengua inglesa lo mejor posible. Después teníamos Educación física, fui junto a Haruka, Litzy y Atty al pabellón y en el vestuario nos cambiamos a la ropa de deporte. Conocimos a nuestro profesor, Antonio, era joven y bastante musculoso, tenía la piel muy morena y el pelo rapado, parecía una persona alegre y estuvimos haciendo unas pruebas de salto.

Me di cuenta de que Haruka no paraba de mirar a Carlos, se notaba que estaba muy enamorada, pero él parecía no darse cuenta. La lección se me hizo eterna, aquí las clases duraban una hora y media, no sé si por falta de personal, no estaba acostumbrada. Me dirigí al vestuario para volver a ponerme el uniforme normal y asearnos un poco, cuando escuché a unas chicas, amigas de la que murió ayer, comentando que les daba miedo estar en esa parte del instituto, y más conmigo cerca. Al entrar se callaron y siguieron vistiéndose.

Haruka me dijo que no tenía que aguantar eso, que podía intervenir y Atty soltó una risa nerviosa. Litzy y yo nos negamos rotundamente y Haruka entró en razón. Nos cambiamos y fuimos con Litzy a la reunión de clase; al entrar estaban todos, menos Fred, Carlos y las dos chicas del vestuario, que por lo visto se sentían ultrajadas al estar todos tan «bien» tras la muerte de su amiga.

Litzy nos pidió que nos sentáramos, y ella se quedó de pie en medio de los pupitres.

—Orden, por favor.

Todo el mundo enmudeció.

—Bien, voy a ir al grano. Tras los recientes acontecimientos, básicamente la muerte de Ana, y ya que todos aquí conocemos la maldición...

Me miró duramente y asentí.

—Pues... tenemos que averiguar quién es el que la porta. O quiénes.

Entonces un chico de última fila, en el cual ni me había fijado. Con bastante acné y de complexión ancha caminó hacia delante en tono desafiante.

—Pues tú, delegadita, estás bajo sospecha puesto que tu madre se encontraba en último curso y claramente tú eres su descendiente. Además..., la chica nueva estaba delante nuestra a la hora del delito, pero tú no. Pudiste engañarnos a todos.

La clase entera se quedó con la boca abierta ante el descaro del tal Jimmy.

Atty se colocó al lado de Litzy, y con su elocuente sonrisa propuso un cambio de delegada, a alguien que se encontrase limpio de la maldición.

Litzy la miró con los ojos llorosos y salió corriendo. La chica temida y admirada por la clase había sido prácticamente humillada, pero en mi opinión Atty sacrificó su amistad para salvarla a ella, al fin y al cabo, la estaban acusando de asesinato, el menor de sus problemas era dejar de ser delegada. Haruka se acercó a mí.

—Bueno, Em, vamos, que aún tenemos que comprar la comida y hoy ningún asesinato nos salva de las clases que nos quedan.

Le respondí con un gesto sarcástico y fuimos a la cafetería del instituto, al lado del patio; allí Atty se unió a nosotras. Podía notar cómo todos alababan al tal Jimmy y lo aclamaban como delegado. Atty parecía distante y aunque podía verla sentada a mi lado juraría que se encontraba muy lejos en realidad. Pasado el recreo las clases transcurrieron con normalidad y Litzy también parecía que había vuelto a ser como siempre.

Llegó la hora de ir a casa y volvimos las dos solas, puesto que Carlos estaba en alguna de las actividades extraescolares. con ale-

gría, comprobé que mamá y Maggie habían vuelto, y nos tenían la merienda preparada, unos pastelitos de fresa que nos habían traído. Mamá se sentó frente a mí en la mesa del comedor mientras que Haruka y su madre se quedaron en la cocina.

—Em, voy a ser sincera contigo, ya eres mayor, y creo que ocultarte cosas no sería adecuado por mi parte. De verdad sé que decirte esto de buenas a primeras es duro pero el año que viene vas a irte con tu padre a la ciudad.

Mi madre parecía angustiada, tenía las ojeras oscuras y muy marcadas y claramente había perdido peso. Yo solo pude guardar silencio, esperaba a su explicación.

—Prácticamente estamos sin nada, si estamos aquí es gracias a la generosidad de Maggie, y como aún eres menor de edad y has empezado aquí el curso podemos estar juntas, pero ya vas a empezar la universidad, y tu padre junto a su nueva novia te acogerán en su casa y te pagarán los estudios. Te irá bien.

Me levanté de la silla y abracé con todas mis fuerzas a mi madre.

—Jamás me iré con él, no te voy a abandonar, mamá, y eso no es negociable.

Empezó a llorar desconsoladamente y me insistió en que era mi futuro. Pero yo lo evitaría a toda costa, odiaba a mi padre y este parecía no tener nunca suficiente, nunca terminaba de hacernos daño.

Subí a la habitación con Haruka y empezamos a hacer las tareas juntas, pero no podía concentrarme, ella me sonrió y me dijo:

—No te preocupes, tu madre encontrará trabajo y os quedaréis aquí. Iremos juntas a la universidad.

No dije nada, era obvio que lo había escuchado todo desde la cocina, y me concentré en acabar la tarea. Haruka se tumbó en la cama y se dedicó a chatear, yo miré mi móvil y tenía un mensaje de una antigua amiga, pero decidí ignorarlo.

Fui a buscar a Maggie para darle las gracias por todo, pero había salido a hacer unas compras y mamá estaba en la ducha, así que me disponía a volver con Haruka cuando al pasar por la habitación

de Maggie me di cuenta de que la puerta estaba abierta. Me llamó inevitablemente la atención una fotografía encima de la cómoda, era la fotografía de la graduación de nuestras madres. Me fijé en mamá, era igual a mí, y parecía tan feliz, ahora le pesaban los años y lo duro que le había tratado la vida. Al lado estaba la madre de Haruka, ella era una rubia despampanante, excepto por el color del pelo podría decirse que también se parecían, y estaba agarrada del brazo de un chico, supongo que el padre de Haruka, pero no se apreciaba bien, estaba como manchado. Entonces me percaté, tres chicos más tenían la misma mancha y una mujer también pero menos oscura.

Me dispuse a colocar la fotografía en su lugar cuando Haruka apareció detrás de mí.

—¿Qué haces aquí, Em? —su voz sonó fría y cortante como el filo de un cuchillo.

Se me cayó la fotografía de las manos y se salió del marco. Haruka la recogió y la colocó en su sitio antes de que pudiera reaccionar.

—Vámonos de aquí, no me gusta que te involucres en esto.

Cogí las cosas para ducharme todo lo rápido que pude mientras Haruka me fulminaba con la mirada y me metí en el baño aliviada, eso había sido extraño. Me relajé bajo el agua caliente y me pregunté quién sería la próxima mancha en la fotografía, y por qué a Haruka le había afectado tanto. Aunque es normal, lo había hecho sin permiso, ya encontraría la fotografía que perteneciera a mi madre, y así podría observar mejor.

Cuando salí del baño entró Haruka y vi que Maggie había vuelto de la compra, y estaba haciendo la cena, ensalada de judías, o algo así. Me senté al lado de mi madre, que estaba viendo un programa de la televisión y me masajé los hombros.

—¿Qué tal te va en el instituto, mi vida?

—Pues muy bien, mamá, es más fácil que en mi antiguo instituto y he hecho nuevas amigas.

—Me alegra oír eso, ya me las presentarás.

—Auch. Me estaba empezando a doler el masaje, más que relajarme.

—Lo siento, es que estás muy tensa.

En ese momento las dos comenzamos a reír y nos abrazamos.

—Mamá, entonces... ¿ya estás totalmente divorciada de papá?

—Sí, hija. Solo espero que nos vaya bien.

—Lo hará. Confía en mí.

—Lo hago.

Fuimos a cenar, y después mamá fregó los platos. Era viernes, así que Haruka y yo salimos al patio trasero, hacía un poco de frío, pero llevamos una manta cada una.

Nos sentamos en unas sillas plegables, y Maggie nos llevó manzanilla calentita.

—Estas chicas... Os vais a poner malas, aquí con este frío.

Haruka le guiñó el ojo, y me miraba sonriente, con la nariz levemente roja, envuelta en su manta y el tazón entre las manos. Me resultaba graciosa, aunque seguro yo también lo estaría.

—Mañana te enseñaré mejor el pueblo, porque supongo que no te acordarás.

—La verdad me vendría bien refrescar la memoria.

—Genial, iremos al puerto, a la plaza, ah, y a la cafetería nueva. Seguro que Atty y Litzzy también quieren venir.

Asentí, me pareció buena idea, tendré que conocer mejor el sitio donde vivo. Terminé mi manzanilla y le propuse entrar. Así lo hicimos y subimos a la planta de arriba.

Nos lavamos los dientes en el aseo, y Haruka se sentó en su tocador aplicándose una mascarilla.

—Em, deberías de probar esto, te deja la piel supersuave y te limpia los poros.

—Algún día lo haré.

—¿Algún día? Ven aquí.

Se abalanzó sobre mí y con las manos llenas del producto, tras un leve forcejeo, consiguió aplicármelo más o menos. Se veía satisfecha, así que no dije nada.

Primero se la quitó ella, y después a mí, no dejaba de alabar los resultados.

Miré el móvil de nuevo, y para mi sorpresa tenía varias llamadas perdidas, y mensajes. Lo primero, era de la chica de mi antiguo instituto, ella era mi amiga más cercana, y aunque con retraso, me había llamado, así que me dispuse a contestar los mensajes y a contarle que tal todo lo mejor que pude. Haruka me había metido en un grupo de clase, con varios alumnos, pero por lo que vi no estaban todos. Y, por último, un mensaje de un número desconocido en el que ponía:

Emily, seremos grandes amigos.

¿Quién sería para tomarse esa confianza conmigo? Y que además supiera mi nombre. Aunque, bueno, eso es fácil de averiguar. Pero ¿y mi número? Sinceramente, me molestó. De verdad, ¿es que la gente de aquí no podía ser clara?

Le contesté, preguntándole quién era. Dejé el móvil, y me dormí en mi colchón.

Me desperté sobre las nueve de la mañana, y vi a Haruka asomada a la ventana. El día estaba nublado y ventoso.

—Justo iba a despertarte. Llevo toda la mañana haciendo planes, aunque una pena que el día no los acompañe.

—Pero si es muy temprano... Venga, vamos a desayunar.

Tenía los ojos entreabiertos a causa del sueño, y los pelos de una leona.

Haruka se giró hacia mí, seguramente para reprocharme con algo así como que hay que aprovechar el tiempo, pero en su lugar soltó un gesto de conformidad.

Bajamos a desayunar, mamá había hecho crepes. Los adoro. Y me serví una buena taza de café, que me sentó de maravilla.

Haruka me propuso que comiéramos fuera hoy, que unos buenos sándwiches y un termo era todo lo que necesitábamos. A mi desde luego, con el frío que hacía, no me gustó nada la idea; pero

terminó convencíendome, no podía decirle que no, así que después del desayuno empezamos a preparar lo que sería nuestra comida. Un termo de té caliente, sándwiches de atún, jamón y queso, y de postre naranja.

Nos vestimos, yo con unos pantalones vaqueros y un jersey azul marino con cenefas blancas, unas botas bajas marrón camel, y un anorak del mismo color. Me puse una especie de turbante azul marino que me dejó Haruka, porque el aire era horroroso y necesitaba apartarme el pelo de mi campo de visión si quería sobrevivir. Y ella se puso unos pantalones ajustados negros, con un jersey de cuello vuelto rojo y un abrigo, un poco más oscuro. Unas botas altas negras, y esta vez, se dejó el pelo suelto.

Salimos de la casa, en el barrio estaban todas parecidas. Blancas de piedra con el tejado rojo. Parecían de cuento. Su casa estaba cerca del mar, de la playa. Mientras que de la montaña solo se veían los picos. El pueblo iba en cuesta, intentando unir el agua y la tierra, de tal forma que la única superficie plana era más bien la plaza. Haruka llevaba en una mochila la comida, y caminaba alegre delante de mí.

—Hoy te voy a enseñar, la playa, el muelle y los acantilados donde está el faro, ahí comeremos. Ya después vamos al café, que hemos quedado a las cinco.

—Me parece bien, aunque el próximo finde podríamos ir cerca de la montaña.

—No sería mala idea, pero se suele ir en bici, y yo solo tengo una.

—Vaya, yo no tengo, nunca me ha gustado demasiado, ni la he necesitado.

—Bueno, ya haremos algo. Por ahora centrémonos en nuestra excursión de hoy.

Caminamos durante horas por la playa, cogimos conchas que guardamos en la mochila de la pobre Haruka, y vimos una barca atada al muelle que se movía ajetreadamente en el mar. La verdad no sé cómo no se soltó, a veces cuando la tempestad agita solo

tienes que aferrarte algo que te permita luchar hasta que todo pasa.

Torcimos por un angosto y estrecho camino, hasta que llegamos al faro. Estaba encendido a causa del mal tiempo, pero decidimos no subir. Haruka se dirigió a una pequeña zona de picnic techada, y comenzó a colocar las cosas. Estaba todo muy dejado, había hierba por todas partes y las mesas estaban rotas y pintadas.

Me alejé un poco, dirigiéndome hacia el borde del acantilado. Sentía el fuerte viento que me empujaba en dirección contraria y la densa niebla, que no me dejaba ver los barcos, pero hacía que la humedad marina se pegara a mi piel. Me senté de rodillas en las rocas, a ciegas, y con las manos congeladas; pero fue en ese momento donde sentí paz y tranquilidad después de tanto tiempo. Estaba rodeada por el mar, que limpiaba mis pulmones y se adhería a mí.

De repente, vi una sombra reflejada en la piedra. Escuché unos pasos detrás de mí.

—¿Haruka?

Mi pregunta fue en vano, nadie respondió. Sentí una mano férrea, que me agarró el brazo. Me levantó, sin poder oponerme, tampoco fui capaz de abrir los ojos y creo que palidecí a niveles inexplicables.

—Emily, ¿verdad?

Abrí los ojos aterrada y vi a milímetros de mi unos ojos azules y un chico de pelo negro empapado. Carlos.

Me zafé de su amarre.

—Dios, sí, casi me matas de un susto —dije aliviada.

—Es tu culpa. ¿A quién se le ocurre sentarse al borde de un acantilado con este tiempo?

Le lancé una sonrisa a modo de disculpa.

—Parece que a nosotros dos.

Entonces apareció Haruka.

—Em, ¿estás bien? ¿Me has llamado?

Al ver a Carlos se sonrojó, y se colocó un poco el cabello.

—Esto..., no sabía que estarías aquí, Carlos.

—Yo tampoco sabía que estarías, pero tiene más sentido que esté yo, ¿no? No voy a dejar a mi abuelo solo con este tiempo.

—¿A tu abuelo? —interrumpí.

—Sí, él cuida del faro desde siempre.

Haruka lo invitó a comer con nosotras, le dijo que teníamos comida de sobra. Y extrañamente, él aceptó.

Nosotras comimos con hambre voraz, y no paramos de reír y charlar. Carlos apenas probó bocados y esquivaba hábilmente nuestras preguntas, solo ofrecía respuestas de cortesía. Después de unos 40 minutos, se retiró al faro y nosotras volvimos por el camino hacia el pueblo.

Llegamos media hora antes de lo previsto a la plaza, así que me paré en la fuente, estaba exhausta, aunque Haruka parecía que tenía aún una buena reserva de energía. Este lugar me traía tantos recuerdos... Yo con apenas tres años, de la mano de mi madre y mi padre, con un helado o en el antiguo cine, el cual por lo visto cerró el año que nos fuimos.

—Mira, Em, desde aquí se ve bien la montaña.

Miré, y efectivamente se veía casi al completo, además de una casa enorme, que parecía colocada ahí de una forma artificial totalmente que relucía entre la niebla.

—¿Sabes de quién es esa casa?

—Sí, es de tu «amigo» Fred. Su familia tiene muchísimo dinero, ya te contaré mejor. Ahora vamos al café.

Me tropecé con un adoquín, estaban un poco sueltos, y entonces vi a Attmei riéndose de mí, sin ninguna intención de disimularlo.

—Venga, Emily, a ver si tu muerte va a ser la que pase a la historia —dijo entre risas.

Puse los ojos en blanco, y entramos al café. Ahí estaba Litzy, debía haber llegado con una hora de antelación al menos. Estaba despeinada, y tenía los ojos rojos, miraba fijamente su gran taza de café, ni siquiera se giró cuando llegamos.

Al entrar, noté el calor de la calefacción, cosa que se agradecía, no recuerdo un otoño tan frío. La cafetería era moderna y toda de

madera, claro que en distintos tonos. Justo enfrente de la puerta estaba la barra, decorada con muchas plantas y una caja registradora. Al lado, vitrinas llenas de dulces y al fondo cafeteras, teteras, etc.

Dejamos los abrigos en un perchero que había a nuestra derecha y nos sentamos en la mesa que había elegido Litzy. La primera, tenía un sillón color verde musgo y sillas de maderas asimétricas, alrededor de una mesa cuadrada. El sitio estaba realmente abarrotado.

Elegí un cappuccino con chocolate blanco y las demás una especie de té rojo.

—Vaya, Litzy, ¿cuánto tiempo llevas aquí? Si yo me acabo de encontrar con estas dos —dijo Atty.

—Ya sabes que me gusta llegar pronto, además no tenía nada que hacer.

Estuvimos largo tiempo hablando de nuestra pequeña excursión, y proponiendo cosas nuevas para hacer todas juntas. Justo entonces, pasó un hombre de aspecto cansado y pelo canoso por la ventana, y nos saludó amablemente. Todas devolvieron el saludo y Atty me dijo que era su padre.

—Pues sí, ese es mi padre. Nos parecemos un montón, si te fijas. Él tiene una ferretería un poco más arriba. No es que sea gran cosa, pero nos da para vivir.

Pero claro, yo tenía que meter la pata.

—¿Y tu madre trabaja de otra cosa?

Atty, hizo una mueca de dolor.

—Podría decirse que no tengo madre, nunca se hizo cargo de mí, me dejó con mi padre.

Me mordí la lengua como castigo y me disculpé.

—No pasa nada, mi padre y yo nos bastamos.

Litzy, que había estado bastante distante, se levantó de golpe.

—Claro, a mí de nada me sirve tener padre y madre, si total...

Lo último lo murmuró entre dientes y no pude entenderla. Dejó el dinero encima de la mesa y se marchó.

Atty se quedó callada, cabizbaja, su mirada había cambiado, estaba impregnada de tristeza. Yo miré a Haruka en busca de respuestas, y ella lo notó.

—Verás, es que Litzzy tiene problemas en casa. Su padre maltrata a su madre, y a ella no la quiere ni ver. Espero que no le haga nada, pero su casa es un infierno, y por más que intentamos ayudarla...

—Sí, además ahora con lo de que la quieren destituir de delegada y la maldición pues está peor aún. Hablando de la maldición, Haruka, ¿tu padre...? —añadió Atty.

—Sí.

Asentimos en silencio, pagamos la cuenta y volvimos a casa.

